



LAVANDERAS ITALIANAS.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO QUINTO.

Tócanos ahora hablar, según lo prometido, de los actores en el teatro ateniense.

Al contrario de la anterior, ya calificada de árida y estéril, la materia que nos ocupa es interesante y amena. De aquí una ventaja que agradecemos gustosos al tema cuyo desenvolvimiento nos es desde luego simpático.

Por deber de galantería y justa consideración, el bello sexo inaugurará nuestro trabajo.

Entre los atenienses no había actrices.

De modo que los hombres, el sexo feo, con la aridez y aspereza de su carácter, sus modales poco adamados y coquetos, sus formas enérgicas y de otro linaje de belleza, su robusta entonación y desabrido hablar, eran los encargados de suplir, en aquella función nacional, á la mas hermosa mitad del género humano. ¿Cómo ha de ser! Los atenienses, á semejanza de los novelistas modernos, no veían en la mujer mas que un bonito mueble, y los muebles bonitos no tenían cabida en sus teatros, en razón á su escasez de comedias urbanas.

Así los hombres hacían de Ismena, Antígona, Clitemnestra, Cassandra, Electra, Jocasta, Andrómaca, Hermione, Ifigenia, Hecuba, Polixene, Medea, Fedra, Elena, y de otros interesantísimos personajes femeninos, que hallamos en los dramas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Y á decir verdad, desempeñaban su difícil cometido, que lo es y mucho para un hombre el de pasar por mujer, no del todo muy mal. Después alegaremos, en prueba de ello, los oportunos datos.

Con ayuda de su ingeniosa máscara ó carántula, cuya descripción nos ocupará también en tiempo conveniente, y del traje femenino, muy semejante, en lo antiguo, al masculino por su forma talar y análogas prendas estas actrices improvisadas improvisaban también una ilusión momentánea de buen gusto artístico é histórico, que hacía altamente soportable á los atenienses la carencia absoluta de actrices reales y verdaderas.

Entre los romanos no pasaban las cosas de aqueste modo.

Había actrices como entre nosotros, con una pequeña distinción sin embargo, en lo que se refiere al mayor ó menor grado de simpatías, que en la vasta escala del público aprecio les otorgamos los hombres de ahora.

Que las miramos todos de muy buen ojo, en el escenario, abstracción absoluta y radical de sus antecedentes y actuales circunstancias, es cosa cuya negación ó duda haría manifiesto insulto á la contemporánea galantería.

Los romanos, según el relato de las crónicas, no participaban sobre este particular de igual opinión, y creían con la mayor buena fé que las actrices eran cosa vulgar, despreciable y de poco mas ó menos. En su consecuencia, el honor y consideración social, según ellos, estaban reñidos con la profesión de cómico. Luego, ni los senadores, ni los caballeros, ni otros cualesquiera personajes, debían alargar á las actrices sus aristocráticas manos.

En esta parte, los senadores romanos corrían parejas con los consejeros de Castilla, en los siglos XVII y XVIII, cuando temían se les cayesen los anillos al tomar cartas en asuntos de cómicos, y con mucho escrúpulo intervenían en la materia, ó para infamarla, ó para prohibir, con fanática resolución, su mal visto ejercicio.

Quizás en Roma, como también en la edad media, en que igual fenómeno se repitió, hubiese, porque hemos de ser justos, un tanto de razón para que se verificase aquello de que «cuando el río suena agua lleva.»

El teatro romano fué incompleto, imperfecto, poco ó nada importante, y por decirlo así, circunstancial. Si se exceptúan Plauto y Terencio, dos poetas cómicos, los demás tanto de este como del género trágico, no tienen ningún valor, ninguna significación, ningún eco. Nada dicen, nada representan, nada simbolizan en el desarrollo gradual de aquella civilización. La comedia se resume, además de los dos nombres ya mencionados, en los de Livio Andrónico, poeta á la vez trágico y cómico, Cancio Nevio y otra media docena de hombres de este jaez literario. Las tragedias, de que es fama fueron copistas, traductores ó imitadores, en la primera época, personajes de cuna tan humilde como el mérito de sus obras, Livio Andrónico, Quinto Ennio, Marco Pacuvio, Lucio Atio; y en la segunda Julio César, Asinio Pollion, Ovidio, Mecenas, Augusto el Emperador y otros señores de alcurnia algo mas elevada, estas tragedias, ó no se representaron y fueron leídas en círculos literarios, como lo que tenían lugar en casa de dos de estos personajes, Mecenas y Asinio Pollion, á estilo de lo que pasaba en el palacio de Rambouillet en tiempo de Luis XIV, ó si se representaron, fué solo como puros monumentos literarios, sujetos á la crítica del género, sin éxito alguno, sin otra trascendencia y significación que la encerrada en los estrechos límites del escenario.

O lo que equivale á decir que el teatro romano, en esta parte, fué igual, idéntico, al nuestro español.

De modo que aquel teatro, mirado bajo un punto de vista general, en la escala del tiempo, sin relación especial á determinadas épocas y circunstancias, y en analogía con la duración de la nacionalidad romana, se compendia en cuatro clases de composiciones dramáticas, de muy particular contestura, y entre las que las bien trazadas comedias de Plauto y Terencio forman un corto, aunque brillante paréntesis.

Hé aquí su nomenclatura: las *Sátiras*, los *Mimos*, las *Pantomimas* y las *Atelanas*. Eran las primeras y los segundos unas farsas groseras, especie de dramas burlescos, sobrado libres y chocarreros, de imitación

19 DE NOVIEMBRE DE 1854.

griega, y mezclados de música, recitado y baile, á estilo de nuestros antiguos juegos de escarnio y entremeses. Consistían los segundos en cosa parecida, en lo que solemos llamar disparate cómico, locura dramática: composición esencialmente pantomímica, escasa de palabras y abundante en gestos incoherentes y ademanes grotescos. Estos sainetes, de mal género literario, *pots-pourris* indigestos, sin plan, ni trabazon ni enlace, sin idea final, forjados é improvisados para escitar el bobo reír de los espectadores, solían tener un desenlace igual al que dan á sus representaciones los modernos cómicos de la legua. Es decir, que cuando los actores se hallaban apurados; cuando habiendo agotado los fáciles recursos de su fantástica improvisación, se estaban quedos á semejanza de un famoso personaje de nuestra literatura, echaban á correr, dejaban solo el escenario, el telon se alzaba, y á poco ralo se daba principio á otra función análoga.

Nuestros modernos circo olímpicos nos reproducen aproximadamente el espectáculo conocido entre los romanos por *pantomimas*. Tema igualmente satírico y burlesco, algun tanto verde ó encarnado, puesto en acción por medio de una série de gestos, ademanes y posturas, tenía su mimico desarrollo al compás de una música sencilla, á la par que triste, pesada y melancólica.

Las *Atelanas*, última especie de representaciones de aquella singular literatura dramática, se ofrecían con carácter mas aristocrático en el fondo y forma. Cortos dramas satíricos, de origen hosco, tejidos con cierta regularidad, de fácil y correcto estilo, é ideas mas elevadas y decorosas, se representaban á manera de sainetes ó juguetes cómicos, en los intermedios de las composiciones formales, por la brillante juventud romana, en medio de escogida é ilustrada concurrencia.

Este es como se ha dicho el teatro romano, considerado de un modo general, abstracción hecha de épocas y circunstancias. Como cualquiera deducirá fácilmente, este teatro, estudiado en globo, en conjunto y totalidad, sin particularizarse á hechos ni ideas, no tenía condicion alguna de vida. En lo que tiene de expresión y fuerza clásica, es un teatro imitado del ateniense. En todo lo que se aparta de este, es romano sin significación é importancia social ni literaria. Es un género grotesco y extravagante, nacido de la índole misma de las costumbres de Roma, y cuyo fondo es como hemos visto el remedo, la caricatura y la farsa. Su carácter es pues efímero, circunstancial, aislado y vacilante. Ingerito en aquella sociedad, trasplantado á las áridas márgenes del Tiber desde las poéticas riberas del Eurotas y del Alfeo, no puede echar raíces en un suelo que no es el suyo, y cuya savia se rehúsa á alimentarle. No es cosa espontánea, necesaria, producto forzoso del terreno, sino planta ajena, exótica, y un tanto enemiga. El teatro, como todos sabemos, es la expresión poética de la vida física, moral é intelectual de un pueblo; vida á la par pública y privada. Por lo tanto, esta expresión ni se copia, ni se imita, ni se traslada, ni pasa como natural herencia de un pueblo á otro. En Roma el teatro clásico fué imitado, y en el mero hecho de serlo nació herido de muerte, y la corta existencia que arrastró fué, como hemos visto, oscura y miserable. Después de dar algunos destellos de clara luz con los dos nombres ya citados, sus rayos se debilitaron, y se sumergió en profundas tinieblas.

Ahora bien, y como consecuencia de esto, por mas que los actores que tomaban parte en las tres primeras clases de composiciones dramáticas ya citadas, gozasen de suma reputación artística; por mas que su destreza y habilidad llegase á la de los eminentes Batilo y Pilades; por mas que en las tablas arrancasen sendos y merecidos aplausos, y á sus pies lloviesen coronas de verde laurel; es un hecho cierto, incuestionable, que pasada la ilusión motivada por su talento escénico, para el pueblo romano no eran aquellos hombres otra cosa que unos miserables esclavos ó libertos. Y Dios y nosotros todos sabemos cómo eran considerados por aquellos buenos liberales de la ciudad eterna los seres desgraciados, cuyo fatal destino era moverse perpetuamente en el círculo de hierro de la esclavitud.

El arte escénico, ejercido en Roma por actores de esta última categoría, constituía una profesión, un oficio vil, repugnante, odioso, un verdadero *histrionismo*.

Por lo tanto, las leyes romanas, cuya severidad draconiana de todos es sabida, se mostraron en extremo duras para con esta clase de hombres que, según ellas, fingían sentimientos por dinero.

Los cómicos, como se dice vulgarmente ahora, á semejanza de los presidiarios franceses, llevaban impresa en el cuerpo una señal, una marca denigrativa, una nota de infamia y envilecimiento, un sello indeleble del anatema social que pesaba sobre ellos. Y cuando al público desapiadado se le antojaba añadir una afrenta mas á las que ya llevaba consigo el ejercicio de su arte, hacíales quitar la máscara en medio de la representación, y se gozaba impávido contemplando su vergüenza, aumentada con silbidos y horrendas maldiciones.

Pero no olvidemos que estos actores, verdaderos párias de aquella civilización, por su humildísimo y olvidado origen, por su vida pública y privada, nada propia á edificar las costumbres, por sus escasos conocimientos del arte escénico, y por el género vulgar de las

producciones dramáticas en que le ejercían, fueron considerados, no como tales actores, no como entre los griegos y entre nosotros los modernos, sino como gente baja y despreciable, como verdaderos *histriones*. Y sabido es que la profesión del histrionismo por el terreno fangoso en que se erian y vegetan esos pálidos seres del mundo social, tuvo pocas simpatías en todos tiempos y circunstancias.

Esta profesión de histriones, de juglares, de *cofrades de la Pasión*, de *pasantes de la Bazoche*, de *Enfants Sans-Souci*, fué tachada de introducir en las públicas costumbres una revolución anti-moral, y en su consecuencia vigilada, muy *serrée de près* por los apóstoles y los obispos, los padres de la iglesia y los teólogos, los legistas y los frailes, los concilios y la inquisición, los consejeros de Castilla y los miembros de los parlamentos. De suerte que en esto se hallan de perfecto acuerdo los edictos de Adriano, los rescriptos y constituciones de Constantino, las leyes de las Partidas, los *arrêts* de los parlamentos, las ordenanzas de Francisco I, las antiguas peticiones, las pragmáticas, reales cédulas, decretos, órdenes, mandatos y resoluciones de los reyes, las famosas provisiones del Consejo de Castilla, las decisiones de los teólogos y los sermones de los curas.

Hé aquí las razones del oprobio y envilecimiento en que vivieron en Roma los hombres que ejercían la profesión del histrionismo.

Entre los griegos pues no había actrices.

Por nuestra parte confesamos que si hubiésemos vivido en aquella época, con las ideas que ahora tenemos acerca del valor y mérito de las damas, en lugar de ir al teatro á ver cómo Teodoro y Polo, dos notabilidades artísticas contemporáneas, hacían el papel de Andrómaca ó Electra, pues dicen lo desempeñaba la Mars ó la Rachel, nos hubiésemos encaminado silenciosos á casa de Aspasia, y sentándonos por mucho honor y honra al lado de Sócrates y Alcibiades, de quien tambien cuentan las crónicas cosas muy malignas, hubiésemos escuchado atentos las lecciones de filosofía y *estética* que daba en su suntuosa morada aquella bella dama ateniense: ó en ausencia de esta señora, hubiésemos dirigido nuestros pasos á la academia de Platon, guiados, como es natural, por el filosófico y á la vez galante motivo de oír y ver cosas buenas y bellas, en donde hubiésemos encontrado á Lastenia y otras famosas bellezas de aquel tiempo, oyendo al filósofo ateniense discutir sobre la *Belleza*, bajo la poética sombra de copudos árboles, en medio de olorosas flores, y al suave murmullo de claros arroyuelos. Y en caso de haber encontrado cerrada la puerta de la academia, hubiéramos tomado el camino que conducía á la casa de Estilpon, otro filósofo de distinto linaje que el primero, en donde hubiéramos hallado á la bella Gliceria, á la brillante Lais, á la espléndida Friné, hablando en familiar *tête-à-tête*, con este *cultivador de la sabiduría*, y echándose galantemente en cara sus recíprocas maneras de corromper la juventud. O por término de nuestra escursión filosófica-galante, y por vía de restañar nuestras fuerzas menguadas en razón al largo itinerario, nos hubiésemos introducido, si no como literatos, al menos á guisa de aficionados, en casa de la opulenta Gnátene, y nos hubiésemos modestamente sentado á cualquiera de las mesas, bien servidas de sanos manjares, para tomar una abundante dosis de *confortable* en los festines que aquella dama, con sobrada filantropía, daba magníficos, espléndidos y rumbosos, á los poetas y demás gente literaria.

Porque aunque haya quien convenga con Sué, Soulié, Dumas, y la moderna escuela francesa de novelistas inmorales, y que nosotros hemos dado en imitar ahora, en que la mujer se dibuja perfectamente en estos versos de una comedia de Francisco de la Torre, *La Confesión con el Demonio*.

Por aquí dicen MUGER

Pero en las letras mayores

La M, muerte publica

Vicio la V bien formada

La G, guerra, la E espada

Y la R rayo espica:

De modo, que si me ensayo

A unirlo, como se advierte,

Dice todo, mujer, muerte,

Vicio, guerra, espada y rayo.

Aunque haya quien tal presuma, nosotros disintimos de este modo de ver peculiar suyo.

A nosotros, y hablamos por nuestra propia cuenta, nos gusta infinito contemplar á las damas en el teatro, aun cuando las «comedias» sean sin mezcla de amores, y las mujeres saquen las basquiñas hasta «los piés» según una antigua provision del Consejo de Castilla del siglo XVII.

Porque nosotros decimos con el mismo la Torre:

¿Qué hombre bárbaro, inmundo,
Mujer así *definida*
Y con tal modo infamó
La cosa mejor del mundo?
¿No fuera más cierto y fijo
Que quedara *definida*
Mujer, maravilla, vida,
Gloria, estrella, regocijo?

Cuenta Aulo-Gelio, erudito latino del segundo siglo de nuestra era, en su preciosa obra titulada *Noches áticas*, del famoso actor Polo, contemporáneo de los trágicos ya citados, y cuyos dramas hacia valer por su talento escénico, que alcanzó un brillantísimo triunfo en el desempeño del papel de Electra, en la tragedia de este nombre de Sófocles. Los espectadores derramaron lágrimas de ternura y dolor, al ver á aquella infortunada princesa, llena de aflicción profunda, y envuelta en sombrío pesar, coger con mano trémula la urna que contenía las cenizas de su hermano Orestes, apretarla entre sus brazos, llevarla á su corazón, como si intentara calentar de nuevo aquellas frías cenizas, y comunicarles su propia vida.

Aplausos frenéticos resonaron por todas partes, y gritos de entusiasmo y admiración; chocaron vibrantes, durante algunos momentos, sus prolongados ecos, en medio de aquel vasto recinto.

Aquella princesa que á tanta compasión movía, no era otra que el actor Polo. Y aquellas cenizas que con tan amarga efusión besaba, las de su propio hijo, muerto pocos días antes, y evocadas por el mismo padre para que inspiraran su dolor.

Cómo este actor representaba con tan fuerte ilusión el papel de la princesa Electra, y cómo á su semejanza los demás actores ejecutaban los papeles femeninos, es cosa que por lo particular y extraño debemos explicar.

Segun lo dicen, aseguran y confirman los autores que han hablado de estas cosas, para nosotros tan añejas, es un hecho que no nos es lícito negar, so pena de pasar por hombres de poco seso, que por medio de una especie de máscara ó carántula, de muy ingenioso mecanismo, los actores daban á sus rostros una perfecta y acabada expresión femenina. Aun nos dicen mas. Conseguiendo reproducir con exactitud suma, por medio de este curioso artefacto, y esto segun ellos, es un hecho incuestionable, los diversos afectos y pasiones que les animaban.

No vayamos á figurarnos que aquellas carántulas ó caretas eran ó semejantes ó parecidas á las que nosotros gastamos en tiempo de Carnaval. No. Los atenienses, es verdad, tenían tambien estos días festivos y epigramáticos; pero no las usaban entonces; pues para decirse picardías, lo hacían á cara descubierta.

Consistían aquellas en una especie de casco que cubría toda la cabeza y reproducía perfectamente las facciones de la cara, la barba, el pelo, las orejas, y hasta los adornos usados por las mujeres en la *toilette*. Hechas en un principio de hojas de metal, lo fueron mas tarde de cuero cubierto de tela ó paño, y últimamente de madera, y variaban hasta lo infinito, segun la diferencia de funciones trágicas ó cómicas, y segun la edad y sexo de las personas que habían de reproducir. Y para darles mayores grados de verosimilitud, las ejecutaban los mas hábiles escultores ó tallistas, dirigidos en su trabajo por los mismos poetas dramáticos, á cuyas obras afectaban. Estas y las decoraciones escénicas fueron debidas al génio creador de Esquilo.

De manera, que ni Andrómaca, la viuda del desgraciado Héctor, ni Ifigenia, la prometida de Aquiles, ni Fedra, enamorada de Hipólito, hubieran podido quejarse de verse mal reproducidas en el escenario de Atenas. Al contrario, creemos les hubiese lisonjeado en extremo contemplar su histórica belleza en tan fiel espejo.

Los antiguos autores ponderaron mucho el artístico efecto de estas carántulas. Y como no es del caso citar testimonios comprobantes, y si afirmar un hecho, segun ajenas aseveraciones, diremos únicamente que el ya citado Aulo Gelio, al describirlas, añade cosas de su cosecha que tienden á dejar bien sentada su opinión acerca del mérito y buen gusto de este elemento teatral. Dice, y son textuales sus palabras, «que las carántulas que mudan los actores á cada escena y «cuando es conveniente, y sobre las cuales pueden muy bien imprimirse los principales afectos del alma, entretienen y conservan el error de los sentidos, y añaden á la imitación un nuevo grado de verosimilitud.»

Sin embargo, por muy verídico y formal que sea, cuanto sobre este particular nos refieren autores tan graves como Aristófanes, Platon, Aristóteles, Horacio, Plinio, Quintiliano, Luciano, Apolodoro, y otros eminentes varones de los pasados tiempos; por mas que con copia de datos y razones nos ostenten la bondad de estas carántulas, su ingenioso mecanismo y perfecta estructura, y serie de muelles que

contraigan ó dilaten las facciones aparentes y retraten, ya el dolor, ya la alegría, ya el espanto, ya la sorpresa, y causen maravillosos efectos de ilusión escénica, nosotros afirmamos de buen grado, que donde aparece una linda cara de mujer, uno de esos rostros angelicales tan bellos como las concepciones artísticas de Rafael ó de Murillo, un rostro, como por ejemplo, el de la *Mona Lissa* de Leonardo de Vinci, nosotros, cuando tal cosa vemos, damos al traste con toda la antigüedad profana, renegamos de las caretas y de su maravillosa eficacia, y reconociendo el incontestable mérito de lo antiguo, como no obsta lo cortés á lo valiente; bendecimos el teatro moderno y la ausencia de las carántulas que tan bonito golpe de vista nos proporcionan.

Bien sabemos que no era culpa de los atenienses, por cierto de galantería y gusto femenino nada controvertible, si las damas no subían á las tablas á ostentar su preciosísima *sal ática* y el lujo de belleza natural que desarrollaban en sitios quizás menos oportunos. Existía para ello imposibilidad material, absoluta. Si los hombres, robustos y de vigoroso pulmon, cuales eran siempre los actores, conseguían difícilmente hacer llegar el lleno de su sonora voz hasta los espectadores, escalonados, perdidos en aquel inmenso recinto de su teatro, á pesar del aparato orgánico de metal que tenía por dentro la carántula, y de las grandes placas de igual materia, de forma cóncava y estrechamente anchas que se ballaban oportunamente colocadas á los lados y parte inferior del escenario, es fácil deducir que esta dificultad se hubiese hecho insuperable para las mujeres.

Era pues necesario, (forzoso, imprescindible) que á cargo de los varones atenienses estuviesen los papeles del sexo opuesto. Fenómeno, que tomado á la inversa, se reproduce entre nosotros, donde con agradable frecuencia las damas hacen de señores modernos.

ANTONIO DE AQUINO.

LOS BARDOS.

Los bardos eran poetas y cantores entre los antiguos galos, germanos y bretones.

Todos estos pueblos, de origen céltico, tenían la misma religion, la que se diferenciaba tan solo en algunos ritos accesorios y de poca importancia. Los sacerdotes de los galos se llamaban druidas, y gozaban del mayor aprecio. Estos druidas tenían á su cargo propagar las leyes, las doctrinas y la historia por medio de poemas y cantos que debían aprender de memoria y cantar en distintas ocasiones. Los bardos estaban subordinados á los druidas, y sus funciones consistían en cantar acompañándose con instrumentos músicos, las hazañas de los héroes. Asistían á las batallas para animar á los guerreros con sus cantos, y dar con sus gritos la señal del peligro ó de la victoria.

Los germanos tenían tambien sus bardos; pues aun cuando Tácito habla solo de los druidas, como los druidas y los bardos no formaban mas que un cuerpo, es evidente que donde habia druidas habia tambien bardos. Las funciones de los bardos germanos en nada se diferenciaban de las de los bardos galos.

El druidismo tenía su principal asiento en Bretaña, adonde enviaban los galos á sus hijos para que se instruyeran en el arte y los misterios de esta orden. En todas las principales poblaciones del reino habia colegios para la educación de los bardos. Los druidas les enseñaban la poesia, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el discípulo terminaba sus estudios, que regularmente duraban doce años, tomaba el título de *Ollmach* ó doctor, y podia aspirar á las tres dignidades reunidas de *Fitea*, *Breistheamh* y *Seanacha*, dignidades que posteriormente se dividieron por lo difícil que era cumplir simultáneamente sus diferentes obligaciones.

Los *Fileas*, bardos de primera clase, eran los poetas: ponían en verso los dogmas de la religion, animaban á los guerreros durante y despues del combate con odas y cantos belicosos, y divertían al pueblo en las fiestas públicas, contándole las fabulosas historias de la antigüedad. Marchaban á la cabeza del ejército, vestían una túnica blanca, llevaban arpas, y los rodeaba continuamente una tropa de músicos. Durante el combate se separaban del campo de batalla. Eran sagradas sus personas, y desde un sitio seguro observaban los hechos de los jefes y sobre ellos componían sus cantos.

La segunda clase, la de los *Breistheamhs*, se componía de legisladores. Estos bardos estaban encargados de promulgar las leyes, para lo que las cantaban en un tono monótono. Desempeñaban á un tiempo las funciones de jueces y de legisladores.

Los *Seanachas*, bardos de tercera clase, eran anticuarios y genealogistas; conservaban en malos versos todos los acontecimientos notables y las genealogías de sus patronos.

Ademas de estas tres órdenes, habia otra inferior, compuesta de bardos *instrumentistas*. Llamábanse generalmente *Girfidigh*, y acompañaban los cantos de los bardos de las órdenes superiores.

Después del establecimiento del cristianismo en Irlanda, desaparecieron los druidas, pero la orden de los bardos conservó todas sus instituciones, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á los falsos dioses, consagraron sus arpas y sus voces al Dios de los cristianos.

Colmados de honores y riquezas, revestidos de privilegios extraordinarios, poseedores de un arte influyente en todas las clases de la sociedad, y respetados en razon de sus muchos conocimientos, se entregaron los bardos á la indolencia y corrupcion; y á tal extremo llegaron sus escesos, que en el año 580 el rey Hugo convocó una asamblea nacional, la que disminuyó considerablemente el número de la orden, y despojó á esta de la mayor parte de sus privilegios.

La invasion de los daneses detuvo en Irlanda los progresos del arte. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de los bardos y quemaron sus libros. Después de su espulsion, el rey Brien protegió de nuevo las artes y devolvió á la orden de los bardos su antiguo esplendor.

Desde esta época sostuvo la Irlanda frecuentes guerras, y las artes sufrieron mil vicisitudes. Después de la conversion de los normandos, en el siglo XI, intentaron los irlandeses volver las cosas á su primitivo ser; pero en vano, porque el celo por las artes habia perdido mucho de su glorioso fervor.

Durante el reinado de Isabel empezó á perder su crédito el título de bardo, tan venerado en otro tiempo en Irlanda. Esta reina los despojó de sus bienes y privilegios, de modo que se vieron precisados á entregarse á una vida errante. En los reinados siguientes fueron mas envilecidos, y acabaron por dispersarse y desaparecer enteramente. El último bardo: murió en 1758 se llamaba Turlong O'Carola, y la Irlanda le debe sus mejores canciones nacionales.

G. F. COLL.

SI YO FUERA RICO!

I.

Ali, simple trabajador en casa de un alfarero, tenia veinticinco años, la salud, la alegría y el buen humor de un hombre sóbrio, trabajador y pobre.

Una mañana que atravesaba de priesa y alegre como siempre la gran calle Bagdad para ir á casa de su amo, se acercó á un grupo en medio del cual se hallaba con mucho calor un pobre diablo á quien dos alguaciles llevaban á presencia del cadí.

Si, decia, tenia que atender á la subsistencia de mi padre y que dotar á mi hermana; y para conseguirlo con ayuda de un pequeño tráfico, pedi prestados cincuenta cequines; pero la estacion ha sido mala, las personas á quienes he vendido mis mercancías no han podido pagarme. He pedido una tregua á mi acreedor, que ha sido un inhumano. Por cincuenta cequines voy á ser esclavo de este hombre cruel; Desgraciado de mí ¿quién cuidará á mi anciano padre? ¿quién dotará á mi pobre Aboulaina?

Mientras que este desgraciado esponia así su dolor y parecia apelar á la piedad de los circunstantes, Ali tenia los ojos llenos de lágrimas, y estaba indignado de que semejante discurso no produjese ningun efecto entre los que le rodeaban, en cuyo número estaban los mas ricos comerciantes de Bagdad.

—Y qué, decia á media voz, ¿no se encontrará entre todas estas personas un hombre de bien que libre al hijo de la esclavitud, socorra al padre, y se case con Aboulaina sin dote? ¡Dicen que es tan bella! ¡qué lástima que yo no sea mas que un pobre artesano! Si yo fuera rico!

Continuando su camino se encontró con un antiguo amigo de su familia, á quien se acercó con todas las señales de deferencia que exigen una buena posicion y una avanzada edad.

—Salud á ti, dichoso y digno Alhazin, que posee la confianza del señor mas rico y mas considerado de Bagdad.

Pero Alhazin le respondió con tono de marcado mal humor:

—Has elegido mala ocasion para darme enhorabuena; el rico señor de que me hablas acaba de despedirme por haberme atrevido á hacerle algunas reconvencciones por sus prodigalidades.

Y se alejó rápidamente como un hombre á quien los desengaños hacen mirar con horror hasta el simple contacto con sus semejantes.

—¿Es posible, exclamó Ali, que daba libre curso á su indignacion, sin pensar que estaba en la calle, que se desconozca hasta este punto el desinterés de un verdadero amigo? Aun cuando uno diera la mitad de su fortuna á un amigo sincero que le advirtiese sus defectos, no seria bastante para recompensarle. ¡Ah! Si yo fuera rico!

No habia concluido Ali su exclamacion, cuando otra escena de que fué testigo vino á servir de nuevo pábulo á su virtuosa cólera.

Un hombre magníficamente vestido y seguido de un gran número de esclavos rechazaba con desden á un transeunte pobremente ves-

tido, que de la puerta de una hospedería se habia arrojado en sus brazos, y le decia con una dolorosa sorpresa:

—¿Este desden es efecto de la ausencia ó de la prosperidad en que te veo? ¿Es tu fisonomía ó la mía la que ha mudado? Soy tu amigo de la infancia; no puedes haber olvidado al hijo de Amron el zapatero.

—En efecto, le respondió el otro, me acuerdo de un Amron que me componia los zapatos cuando era pequeño; pero no creo, querido mío, que haya existido jamás entre nosotros otra clase de relaciones. Dios te guarde.

El viajero se volvió tristemente á ocupar su puesto á la puerta de la hospedería: suspiraba, y las lágrimas surcaban sus mejillas demacradas por la miseria y por el sufrimiento.

Vivamente conmovido Ali, exclama levantando las manos al cielo:

—Desgraciado aquel cuyo corazon ha corrompido el orgullo! La fortuna que nos ha dado Dios no es para que tengamos vanidad; es un depósito de que tenemos que dar cuenta á los pobres, que son nuestros prójimos, y á nuestros amigos. ¡Ah, si yo fuera rico!



En el momento de entrar en la tienda de su amo, le detuvo un peregrino y le dijo:

—Voy á la Meca; visitaré la mezquita de la Kaabah, y daré siete vueltas en su derredor segun previenen los sagrados ritos. Besaré la piedra negra, simbolo de la alianza que Dios hizo con los hombres en la persona de Adán; beberé las aguas de los pozos de Zemzan; subiré á la montaña de Arafah, y sacrificaré un carnero en la montaña de Minah. Por último, bajaré al valle que está al pie, y desde él tiraré piedras segun las prácticas consagradas por los antiguos patriarcas. Ya he recogido las ofrendas de algunos hijos piadosos del profeta; une á ellas la tuya, si quieres que en tu nombre y en el suyo cumpla todos estos santos deberes.

—Dichoso el que puede ir á la Meca! dichoso aquel en cuyo nombre se va! Pero, digno peregrino, en mi pobre condicion, me es absolutamente imposible acceder á vuestra peticion de una manera digna.

—Nuestro santo profeta nos ha dicho: el óbolo y el cequin los dos pesan lo mismo en la balanza divina cuando los da la fé.

Entonces Ali abrió su bolsillo que contenia dos piezas de monedas menudas; tomó una, y la puso en la mano del peregrino; en seguida entró en la tienda de su amo, y toda la tarde estuvo trabajando con la mayor alegría.

Dos hombres habían seguido á Ali sin que él lo advirtiese.

—Hé aquí una bella naturaleza, decía el uno.

—¿Resistiría á la perniciosa influencia de un cambio de fortuna?

—Lo ignoro; pero este jóven desea con ansia ser rico, y lo será.

Por la noche, al dar Ali la vuelta á su mezquina habitación, se presentaron delante de él dos comisionados cargados con una caja que depositaron á sus piés.

—Acepta este regalo, le dijeron, pero no te informes de la mano que te lo envía: es un secreto que nos está prohibido revelar.

No había tenido tiempo Ali de reponerse de su sorpresa, cuando los dos comisionados habían desaparecido.

No le quedó mas medio de satisfacer su curiosidad que abrir la caja, y no tardó en hacerlo.

Ya se podrán figurar nuestros lectores cuál sería su alegría: contenía trescientas bolsas (1).

II.

Toda la noche la pasó en contar y recontar sus escudos: la alegría



le tenía desvelado; estaba tan despabilado, tan sereno, como si hubiera dormido un sueño profundo.

¿Qué repentina y maravillosa metamorfosis?

El pobre obrero va á figurar entre los ricos de Bagdad: antes trabajaba para los otros; ahora trabajarán para él; ahora podrá humillar á las personas que tantas veces le han humillado.

Maria le echó de su casa por haber retardado una luna el pago del alquiler; él comprará una casa mas grande y mas bonita que todas las suyas juntas.

Hassan le hizo condenar á una multa por el cadí, por haber empujado á uno de sus esclavos que le había tropezado al pasar; él tendrá cincuenta para despreciar á Hassan, que no tiene mas que veinticinco.

Se alaba la liberalidad de Zobair que recibe á los artistas y á los sábios dos veces al mes en su mesa: ¿qué se dirá de él, que les franqueará la suya todos los días?

¿Qué estimación, qué respeto, qué consideración le tendrán cuando por todo Bagdad resuene su magnificencia y su generosidad!

Ali pasó muchos días en conferencia con los arquitectos, los tapiceros, los carpinteros, los joyeros y los mercaderes de esclavos.

(1) Una bolsa representa en Turquía una suma de quinientos escudos.

Como él examinaba sedas y tapices de Smirna, el que se las enseñaba exclamó lleno de alegría, después de haberle considerado algunos instantes:

—El mismo Dios ha encaaminado mis pasos á vuestras casa: os reconozco perfectamente; sois aquel hombre virtuoso cuyo corazón se indignaba de ver llevar preso por cincuenta cequines á un pobre comerciante, que dejaba sumidos en la miseria y el dolor á su hermana y á su anciano padre.

—Es posible... en efecto, creo recordar... tengo una idea confusa...

—El comerciante es mi primo; mi escasa fortuna ¡ay de mí! no me permite socorrerle; pero si juzgo por los sentimientos que manifestásteis en mi presencia el día que le arrestaron, no imploraré en vano vuestra intervención en favor suyo. Por otro lado, ¿qué importa una suma de cincuenta cequines á un hombre tan rico como vos, cuando se trata de la felicidad de una familia entera?

—Sin duda... sin duda; pero habeis venido á pedirlos muy tarde... he hecho en tres días gastos enormes; cincuenta cequines me son muy del caso en esta ocasión... También recuerdo perfectamente que lo que mas me indignó fué la imposibilidad de algunos comerciantes ricos al ver prender á un compañero sin cuidarse de su posición y sin pensar en sacarle de su apuro... ¿Qué diablos! á los comerciantes toca ayudarse mutuamente... ocupémonos, os lo ruego, de nuestra compra: dudo entre estos dos tejidos.

—Los dos tienen en efecto la misma apariencia; solo un inteligente puede conocer cuál es de mejor calidad y de doble precio: por mi parte aconsejaría el de menos precio á un comprador económico.

—Yo elijo el mas caro, respondió Ali con el mayor orgullo, y me quedo con él.

—No os hablaré mas de mi desgraciado primo, replicó el comerciante con humildad; pero permitidme, señor, que os hable un momento de su hermana Aboulaina: es efectivamente pobre; pero Dios la ha dotado de un talento muy raro y de una belleza maravillosa. Nada mas os digo de ella, porque creo haber comprendido por una exclamación escapada de vuestra boca que seriais dichoso con ser esposo de Aboulaina.

Ali dió una gran carcajada.

—Una muchacha que no tiene dote! Vamos, sin duda habeis perdido el sentido. Hay en Bagdad mil muchachas con quien casarse, que son bonitas y con talento, y además son ricas. Tranquilizaos: Aboulaina encontrará marido en su esfera: yo buscaré esposa en la mía. Haced vuestro oficio, buen hombre, vended vuestras sedas, que esto lo entendéis mejor que negociar matrimonios.

III.

Ali había reunido en un espléndido festín los nuevos amigos que le habían grangeado sus riquezas; la sala, aunque grande, estaba llena; había poetas que en su pecho y en su fisonomía tenían pintadas todas las formas del panegirico de su nuevo anfitrión, compañeros de su disolución, viejos parásitos, hábiles en adular la fortuna que viene y la que se va.

Los convidados estaban sentados sobre almohadas de terciopelo carmesí galoneado de oro; mil ramilletes de cuyos senos los fuegos de la esmeralda y el rubí serpenteaban sobre las colgaduras de brocado que descendían en majestuosos pliegues á lo largo del muro; cien lámparas de alabastro, suspendidas de cadenas de plata derramaban por todos los ángulos de la sala una luz dulce é igual; la mirra, el aloe, el ámbar y el benjuí ardían en pebeteros de plata, y mezclaban la atmósfera con las ligeras nubes de sus perfumados vapores.

Cincuenta esclavos se apresuraban á servir los manjares mas exquisitos y las mas delicadas pastas, y hacer centellear en copas de oro licores de exquisito gusto. Después que los convidados concluyeron de comer, presentaron á cada uno tabaco mezclado con aromas y un *nar-guileh* (1) cuya caña de jazmin estaba enriquecida con círculos de oro incrustados de piedras preciosas.

Entonces el poeta Abounavaz cogió un *tambourah* (2) y se puso á cantar la *ghazel* (3) siguiente:

Ali es el orgullo y la alegría de Bagdad, y él solo reúne la belleza, el talento y la ciencia; Ali es el primero de los hijos, el rey de las reuniones.

¿Qué mortal se atrevería á luchar con él en grandeza y generosidad? Enumerar las pruebas de su magnificencia sería contar las gotas del rocío, las arenas que tiene el mar en su seno.

¿Hay un palacio adornado con mas gusto y magnificencia que el de Ali? ¿Hay un jardín cuyas flores sean mas olorosas y cuyas alamedas sean mas sombrías que en el suyo?

»Por sus liberalidades encadena los corazones de sus inferiores y

(1) Pipa persa.

(2) Espacio de guitarra.

(3) Especie de oda.

de sus iguales; todos sus esclavos son sus amigos, todos sus amigos sus esclavos.

»Ali es el orgullo y la alegría de Bagdad; solo él reúne la belleza, el talento y la ciencia. Ali es el primero de los hijos de las reinas de las fiestas.

Mientras que Abonnavas cantaba, la sonrisa del orgullo satisfecho asomaba á los labios de Ali. En cuanto concluyó la última estrofa, le fué imposible contenerse, y quitándose del dedo un anillo en que brillaba un diamante de gran precio, le puso en el del poeta cuyos versos habian cautivado su oído de una manera tan deliciosa.

(Continuará)

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

EL CASTILLO DE MAQUEDA.

¡Cuanto serán los viajeros, y en particular los hijos de Extremadura, que partiendo de Badajoz á Madrid, ó vice-versa, habrán pasado con punible indiferencia tocando con las murallas del antiguo castillo de Maqueda, situado entre Santa Olalla y Santa Cruz del Retamar!... Pues bien: no vuelvas, viajero, á las inmediaciones de ese castillo sin rendirle un momento al menos de contemplación y de respeto!... Sus murallones, hoy medio derruidos, sus rotas almenas, sobre las cuales avanzan ya la verde yedra, el espinoso zarzal y otros cien vegetales silvestres, interin las aves nocturnas, únicas moradoras de este solitario monumento, infunden con su monótono canto pavor y melancólicas impresiones; esos murallones, repetimos, fueron en otros días un glorioso baluarte de heroísmo y de virtuosos sufrimientos, que vienen á hacer algunos siglos embelleciendo las páginas de nuestra historia!... Entre esos escombros esparcidos hoy por doquiera habitó su fundadora la reina doña Berenguela, y se almacenaron las armas que Colon llevó al descubrimiento de un nuevo mundo. Bajo de su techo pasó Pizarro algunos días haciendo sus preparativos para la famosa conquista del Perú. También los caballeros de Alcántara ennoblecieron allí sus estandartes resistiendo un largo sitio que hubo de costar la vida del jefe árabe que comandaba á los sitiadores, quienes derrotados y perseguidos salvaron sus vidas mediante una vergonzosa fuga. Los hijos de don Juan el segundo sufrieron en esas almenas algunos años de cautividad, conservándose aun restos de un salón llamado de los *Infantes*, entre cuyos seculares paredones la escelsa Isabel la Católica y su hermano don Alonso vieron correr muchos días de su infancia.

Todos estos títulos y escenas hacen del castillo de Maqueda un monumento de admiración y de gloria que no merecen ser desconocidos, ni mucho menos que pase el viajero por esas derrumbadas almenas y truncoos torreones sin saludar con respeto esas ilustres ruinas que hoy nosotros, valiéndonos del mágico poder que se confiere al poeta, vamos á reedificar de nuevo para dar principio á nuestro trabajo literario.

LA HIJA DE SANCHE PEREZ.

En 1485 el castillo de Maqueda era un palacio-castillo de no escasa consideración. Su exterior le daba un respetable aspecto de una invencible fortaleza, en cuyas elevadas almenas y duplicados torreones se veían brillar las plateadas armaduras de sus guardadores, mientras que en el silencio de la noche la voz de *¡alerta!* repetida de cuarto en cuarto de hora por numerosos vigías, daba á conocer la estremada vigilancia que de su custodia se tenía. Su interior estaba compuesto de numerosas habitaciones, adornadas con mucho arte y delicado gusto, y que revelaban en su majestuoso porte que la mansion fué de esclavos pertenecientes á la corona de Castilla.

Con la investidura de gobernador hacia un año mandaba en el castillo y sus inmediaciones el famoso capitán Sancho Perez, marqués del Riazal, y uno de los esforzados adalides en Italia bajo las órdenes de Gonzalo Pizarro. Sus eminentes servicios, y sobre todo su constante adhesión á la reina Isabel la Católica durante las intrigas de Beltrán de la Cueva, le habian proporcionado el alto puesto de gobernador del castillo de Maqueda, fortaleza que era en la época á que nos referimos un gran almacén y arsenal que proveía de armas á las huestes invencibles que tomando una á una las ciudades del reino de Granada, se habian de entronizar al fin en la misma capital del infortunado Boabdil.

Era el capitán Sancho Perez un hombre de sesenta años, de venerables canas. Su semblante tenía cierta aspereza propia del tipo guerrero de aquellos adalides que vivían de hierro: sin embargo, su corazón era bondadoso en medio de sus bélicos instintos; y si bien cuando armado de todas armas, montado en su fogoso caballo, eran su espada y lanza el terrible signo de la destrucción de los árabes, cuando regre-

saba de sus campañas y estrechaba el talie de sílfide de su hija única Clotilde, entonces sus miradas de fuego en la batalla se cambiaban por otras de una dulzura paternal que arrancaban del rostro del marqués toda su habitual fiera é impeniente aspecto.

Componíase la gente de armas del castillo de Maqueda de un escuadrón de lanzas reales de cien ginetes, en cuyas filas ondeaba el pendón señorial del marqués del Riazal, y de quinientos peones entre arqueros y ballesteros.

Habia además un gran número de pajes, escuderos, maestros de sala, que en union de una dueña, varias doncellas y criadas, formaban una numerosa y espléndida servidumbre.

Era Clotilde una jóven de cinco lustros, preciosa edad en la mujer, en la cual se tienen los encantos de una virgen de diez y ocho años, y se posee la madurez y prudencia de que no se goza en la primera época de la adolescencia. Su estatura mas que mediana le daba un aire majestuoso, realzado por unos ojos negros árabes de mirada eléctrica y fascinadora, enclavadas por luengas pestañas de ébano. Del lado interior de sus labios delgados y recogidos, que formaban una boca pequeña y preciosa, se veía aparecer una dentadura menuda y de blanco marfil que resaltaba mas con el sonrosado de sus labios coralinos. Su nariz aguileña daba asiento á una frente espaciosa cercada por el interior de dos cejas arqueadas y bonitas, interin por el lado superior se destacaba poblada y negra cabellera, que formando caprichosas trenzas, acababan de hacer de la bella virgen Magdalena una de esas Venus que debemos á los ricos pinceles de Murillo y de Rubens. Su faz se veía de continuo ligeramente sombreada por una tinta melancólica, que en vez de menoscabar su belleza ideal, la hacia á los ojos de un observador mas simpática y encantadora. Su carácter apacible y bondadoso la tenía grangeado el respeto y admiración de sus numerosos criados, al par que los rasgos humanitarios de su alma sublime y filantrópico corazón la valieron el amor de sus feudos y la adoración en particular de los aldeanos de Maqueda, quienes la titulaban *Consolación*. Efectivamente, el mejor blason de Sancho Perez eran los elevados sentimientos de Clotilde: así es que el vasallo perseguido, el apurado colono, el soldado olvidado de sus deberes y espuesto á un terrible castigo, el anciano, la desvalida viuda, la desamparada huérfana, todos acudían á ella en sus horas de aflicción, encontrando todos *consuelo* á sus pesares y un *paño de lágrimas* en su jóven y querida señora. ¡Cuántas veces las súplicas de Clotilde, templando el primer ímpetu del marqués, arrancaban de este la pluma que iba á firmar una sentencia de muerte, una prisión, ó tal vez una expulsión de propiedad! ¡Cuántas no llegó llorando á sus plantas el oprimido colono, y se alejó luego del castillo ébrio de alegría y bendiciendo la protectora mano que le perdonara sus atrasos y disminuiera en una tercera parte la feudal imposición!

UNA TERTULIA EN AQUELLOS TIEMPOS.

Era una noche del mes de diciembre de 1485. Un terrible vendaval reinaba en la atmósfera: el cielo, encapotado de negros nubarrones, despedía de sus peñados senos torrentes de agua fría ó semicongelada, que se desprendían á veces algunos copos de nieve. La aldea de Maqueda dormitaba, cuyo sepulcral silencio solía interrumpirse por la voz de alerta de los *atalayas* del castillo, quienes obligados por un estricto deber militar vigilaban desde sus torreñas de piedra de granito todas las avenidas que conducían á la fortaleza. Semibozados en sus *tambardos* de paño fuerte con forros de bayeta morada, embrizada la adarga, y empuñada la pica ó la ballesta, ya aplicaban cuidadosos el oído, ó se paseaban por las almenas despreciando la intemperie helada que se hacia sentir.

Serían las diez de la noche, hora en la cual se encontraban en una de las habitaciones del castillo Sancho Perez, su hija y algunos jefes de la guarnición de la fortaleza. La espaciosa sala en que se verificaba esta reunión era una pieza cuadrilonga, tapizada con ensambladuras doradas, de ajimeces festoneados y caprichos sostenidos por elegantes columnas de mármol con magníficos sillones guarnecidos de clavos de ancha cabeza de plata, una mesa descomunal sosteniendo un espejo de acerado marco, y cuatro lámparas de plateado bronce colgadas del techo con mecheros dorados en los cuales ardían ocho velas de cera; una chimenea de grandes dimensiones comunicaba en fin á esta habitación agradable una temperatura que hacia olvidar la glacial á que estaban espuestos los vigilantes centinelas.

Próximo á la consoladora acción del fuego estaba un estrado que ocupaban Sancho Perez y su hija; dos caballeros seguían á su izquierda sentados en sillones colocados en semicírculo, que cerraba una mesa de luciente nogal, alrededor de la cual se agrupaban varios jefes de la guarnición. Todos, incluso Sancho Perez, usaban sayos de vellorí verde ó ceniciento, calzas de grana y borceguines de ante con doradas espuelas. Las largas y recogidas cabelleras estaban descubiertas como un signo de galantería hacia Clotilde y de respeto al anciano capitán. Este cubría sus nevados cabellos con un birrete de orla dorada, y de su cin-

turon de brocado pendia la limosnera y su espada cortesana, cincelada con empuñadura de oro, interin ceñían los caballeros un talabardo de cuero hervido del que colgaba una escarcela, la espada y una daga pequeña.

El traje de la interesante Clotilde, en esta noche muy sencillo, pues que se componía de *brial* ó sobretodo largo y blanco de mangas perdidas. una falda azul con bordados de seda y chapines de caprichosas labores que delineaban su pequeño y lindo pie. Sobre sus trenzas de ébano había una toquilla que bajaba hasta el cuello, en el que brillaban as perlas de un rico collar promediado por una cruz de diamantes que descendía hasta perderse casi en el púdico seno de la virgen.

Interin los jefes que se agrupaban á la mesa con permiso de su capitán, se entretenían en atravesar al azar de los dados algunos *enriques* y *doblas*, Sancho Perez, su hija y los dos caballeros que estaban á su lado, sostenían animada conversacion, que nosotros vamos á escuchar por un momento.

—¿Nos engañará ese hombre, buen Nuño? preguntó el gobernador al mas joven, de tez morena y negros bigotes.

—¡Ah capitán! respondió éste con acento que marcara la seguridad de su respuesta, mañana la cabeza de *Banda Azul* será en nuestro poder.

—¿Y por qué tanto rigor, querido padre? dijo Clotilde asiendo la nervuda mano de Sancho Perez.

—Porque ese es el premio de los bandidos, repuso este con bronca voz y enrojecido ligeramente su semblante por sus impresiones de interior venganza.

—¡Un bandido! replicó Clotilde; ¿qué pruebas tenemos para juzgarle tan desapiadadamente?

—Su agresion de antes de ayer á nuestra gente.... señora.... dijo D. Nuño.

—La muerte del alférez Hernan-Carrillo.... añadió el otro caballero. —Oh! sí, sí, exclamó Sancho Perez dando una fuerte palmada sobre sus calzas de grana. Todo eso pide sangre... y sangre habrá....

—Juzgaba que la provocacion, contestó Clotilde, partiendo de Hernan-Carrillo, seria un 'motivo' que atenuase el delito de *Banda Azul*.

—¡Oh! dijo su padre con visible disgusto por las réplicas de su hija, las mujeres siempre estais por lo misterioso y por la clemencia; pero hay ocasiones como la presente en que las consecuencias de mi bondad rebajarían la autoridad que se me ha confiado como gobernador de esta fortaleza y de sus inmediaciones. Si *Banda Azul* fuese un caballero de linaje, la lanza de Sancho Perez se encargaria en buena lid de imponerle el merecido castigo á tamaña ofensa; pero como es un bandido, ó por lo menos un miserable aventurero, es preciso para no manchar nuestras espadas *cazarlo* á la manera que se caza por nuestros monteros á un furioso jabali.

—Si *Banda Azul* tuviese un noble origen, contestó D. Nuño retorciéndose con la mano derecha sus poblados bigotes, entonces no sentiríamos que vuestros dias, tan preciosos para la patria y para doña Clotilde, se fuesen á malograr en un combate de *gola á gola*, porque esas escaramuzas nos pertenecen á los jóvenes oficiales que tenemos la honra de militar bajo las órdenes de nuestro ilustre capitán.

Sancho Perez demostró en su rostro grave lo grato que le había sido el lenguaje del joven caballero: interin Clotilde, desaprobando los pensamientos de D. Nuño, y mucho mas la celada y castigo que se preparaba á *Banda Azul*, guardó silencio, esperando á poner en ejecución un plan de salvacion que acababa de concebir.

Media hora despues todos se habían retirado á sus respectivos departamentos. Sancho Perez hacia en un reclinatorio la oracion de la noche, y Clotilde rodeada de sus doncellas se desnudaba de su blanco *brial* y azulada falda.

El gótico salon estaba silencioso con la marcha de los jugadores, las velas de las lámparas apagadas, y el fuego de la chimenea había desaparecido.

ALGO SOBRE BANDA AZUL.

Sais meses anteriores á la época en que tratamos hacia que á consecuencia de la persecucion de los Reyes Católicos, treinta ginetes árabes descolgándose de los Pedroches de Córdoba, sierras del Almadén y Guadalupe, se dejáran ver en la pintoresca vega del Tajo: unas veces asolaban los campos de Talavera, otras se acercaban á tiro de ballesta del castillo de Maqueda, y siempre dejando una terrible huella de sangre, luto y desolacion. Los repetidos esfuerzos de Sancho Perez y de otros señores feudales de aquellas comarcas habían sido infructuosos en razon á que el jefe de los árabes, muy conocedor del terreno, esquivaba con maestria todo encuentro que le pudiera ser desfavorable.

Cierto dia despues de un mes de general consternacion corrió la voz en el castillo de Maqueda que á las faldas de sierras de San Pedro la banda de árabes había sucumbido en su totalidad. El adalid que había hecho tan grande servicio al pais, era un caballero desconocido y á quien obedecían diez hombres de armas. Esta feliz nueva, comprobada

despues con los hechos, escitó, como era natural, la curiosidad de todos los habitantes, y en especial la de los señores feudales y apuestos caballeros que en vano habían perseguido á los ginetes moriscos.

Sin embargo de esto, pocas personas habían tenido el placer de ver al incógnito guerrero, á quien solo seguían ya cinco hombres en virtud de haber sucumbido los demás en el reñido encuentro con los árabes. Los que debían á un acaso ver al caballero, solo podían manifestar que era un adalid de luciente arnés, con yelmo de plateado acero, del que caían lambrequines y cintas azules, á la par que de su cimera pendía un hermoso penacho azul y sobre su armadura una *azulada banda* con este misterioso mote: *«quiero mas.»* Su abroquelado escudo no tenía signo heráldico, y solamente en su dorado campo este lema: *«Todo por ella y para ella.»* Resguardaban sus piernas y muslos mallas y borceguies de ante con grandes espuelas doradas; dos estrellones de plata cubrían y ornaban sus pies, interin de su *talabarda* de cuero cordobés pendía una tizona de empuñadura y manoplas de hierro colado. Nadie podía decir tampoco su edad, ni dar señas de su semblante, que cubría de continuo la calada visera de su resplandeciente yelmo. Una limosnera, una corneta de marfil y su invencible lanza formaba todo su equipo militar, al que daba mayor realce la fogosidad y hermosura de su caballo negro, malla mofa, y acaparazonado por brillantes lorigas metálicas.

Esta misteriosa conducta, su hecho de armas con la falange morisca, no podían menos de escitar las simpatías de las damas, y cierta animadversion por sus galantes caballeros, resultando de aquí que el joven alférez Hernan Carrillo acometiese sin justificado motivo á *Banda Azul* y sus cinco compañeros, de cuyo temerario encuentro resultó la muerte de Hernan, de quince de sus guerreros y de los cinco armados que defendían á *Banda Azul*, quien á pesar de dirigirse contra él todos los ataques de sus adversarios, fue el único que salió con vida de aquella escena de esterminio.

Este funesto acontecimiento, en el que se había obligado á tomar parte á *Banda Azul*, era el que pensaba castigar Sancho Perez, para cuyo logro D. Nuño no se descuidó en pintar el hecho con opuestos colores, esperando por este fin medio de vengarse de las simpatías que Clotilde mostrara por el incógnito caballero, mientras que para el que suspiraba de amor por la bella castellana, solo merecia de esta una marcada frialdad con honores de desdenosos desprecios.

DE CÓMO LOS HOMBRES RODANDO AL FIN SE ENCUENTRAN.

En la misma noche que se trataba en el gótico salon del castillo de Maqueda de la destruccion de *Banda Azul*, este, que ignoraba el motivo de la agresion de Hernan, y tambien la clase y procedencia de los contrarios que le habían tan bruscamente acometido reduciéndole á marchar y contramarchar por los bosques llamados hoy del Infante, llegó al fin á poco de oscurecer á las puertas de una solitaria ermita que se alzaba en medio de aquellos desiertos montuosos por los cuales había vagado por espacio de cuarenta y ocho horas.

El caballero tocó á la cerrada puerta con el férreo regaton de su lanza, choque que produjera en el interior de la bóveda del templo un sonido fuerte que se fué repitiendo hasta una pequeña cocinita colocada al lado extremo de la ermita.

—¿Quien vá? preguntó de la parte de adentro una voz bronca y marcadamente varonil, á la par que por entre los maderos de la puerta se advertían los rayos de una luz artificial.

—Hermano, respondió el incógnito, soy un caballero que os pide asilo por una noche.

La puerta se abrió, y mientras el cenobita fijaba su mirada sobre las resplandecientes armas del caballero, este con igual velocidad y al través de la rejilla de su calada visera recorrió sus miradas por el talar ropon burdo y pardo del ermitaño, por sus facciones marcadas con las huellas de una edad sexagenaria, y casi ocultas por la estensa barba blanca que tocaba á la mitad del pecho.

—Venid, hermano, dijo el cenobita despues de saludarse y tomar tierra el incógnito ginete.

El sonido de las espuelas de este al marchar indicó que obedecía la orden del anacoreta, el cual haciendo guía con un farolillo de una sola luz, le condujo por algunos segundos alrededor del edificio, parándose al fin ante una pequeña puerta que no tuvo el mas cómodo paso para el guerrero y su corcel, los cuales tuvieron que inclinarse para conseguir penetrar en el interior.

Luégo que colocaron el negro caballo en una reducida cuadra que el cenobita improvisó para una noche, se encaminaron los dos personajes á la cocinita, que era una bonita pieza de toscas y almenadas paredes, de techo abovedado, pero ennegrecido, y en cuyo humilde hogar sin otra chimenea que una abertura ovalada chisporroteaban algunos trozos de seca encina.

—Tomad asiento, dijo el ermitaño señalando al guerrero una po-

yata al lado derecho del hogar y fabricada con ladrillo y cal que cubría un áspero esterillo de mal trabajada anea.

El incógnito obedeció, y posesionado del duro asiento, se despojó una á una de las principales piezas de su armadura, que en union de su espada y escudo puso en unas enormes estacas colocadas á su inmediación por la previsora mano del anacoreta, con el fin de secar sus ropas cuando regresaba en tiempo húmedo de sus expediciones á las aldeas circunvecinas. Durante aquesta operación, en la cual el caballero empleó un largo espacio de tiempo, el cenobita había ido á tomar algunas provisiones de su repostería, y cuando en un plto regresaba con ellas, al divisar el rostro de su huésped palideció, interin que sus labios se volvieron cárdenos á impulsos de la concentrada ira que súbitamente se había desarrollado en su corazón, que principió á latir con violencia bajo su oscuro y tosco ropaje. El desconocido, ocupado en desprender los hebillones de sus espuelas, no solamente no se apercibió de las revoluciones que sufría el rostro de su compañero, sino que aun no vió la terrible amenaza que el anacoreta lanzó con su torva mirada al descuidado caballero.

—Los hombres rodando al fin se encuentran!—murmuró el ermitaño acercándose á una mesa.

El casi imperceptible eco de estas palabras llegó á los oídos de su huésped, haciendo á este dirigir su vista al sitio que ocupaba el cenobita, quien advertido de su imprudencia, sagaz como una ardilla, siguió hablando en voz baja y dirigiendo su acción á un perrillo dogo, bajo las manos al borde de la mesa se impacientaba con el olfato que percibía de las anchas presas de jamon que su amo cortaba con un enorme cuchillo.

El caballero, engañado con esta estratagema del ermitaño, continuó tranquilo y con las manos estendidas en dirección del fuego. El anacoreta, tan luego como terminó su tarea culinaria, cuyo tiempo fué para él muy precioso para ocultar los feroces sentimientos que se habían desplegado en su alma, se acercó al hogar, y arremangado de su largo ropón que prendiera á una correa que sujetaba su cinturón, dió principio á freir en una sartén las nada pequeñas lonjas de jamon.

La distancia que separaba á estos personajes era tan corta, que los borceguines del huésped tocaban en las sandalias del cenobita. Este fijó de nuevo sus ojos hundidos y pequeños sobre el rostro del caballero, el cual representaba una edad de veinticinco años: sus facciones juveniles y ligeramente tostadas por la influencia de los rayos del sol, le daban un aspecto marcial que aumentaba mas y mas su negro, y sedoso bigote que en dos hermosos rizos le bajaban casi hasta la mitad del pecho. Sus ojos de un negro azabachado despedían una mirada vigorosa, pero espresiva y simpática hasta el extremo que no podía mirar impunemente ninguna dama. Sus negros y largos cabellos divididos en el occipital por una blanca raya, caían ondulantes y con cierta coquetería á los dos lados: por último, su guerrera apostura y gallarda talla completaban uno de aquellos tipos caballerescos de la edad media, y que hoy nos interesan cuando los vemos reproducidos por los pinceles de nuestros hábiles artistas.

(Continuará)

A LA SERMA. SEÑORA INFANTA

DOÑA MARIA LUISA DE BORBON.

FUNDADORA DE LA SOCIEDAD DE ASISTENCIA DOMICILIARIA.

Señora, recibid la humilde ofrenda
De mi entusiasmo en vuestro altar; mi lira
No es digna de entonar vuestra alabanza;
Mas logre el sentimiento que me inspira
Lo que mi pobre inspiración no alcanza.
Visitó la mansión de la pobreza,
Y allí halló vuestra imagen
Cual la de un genio tutelar: su calma
El desvalido en vuestro amparo fia,
Y cuenta al que le sigue cada día
Una nueva virtud de vuestra alma.
Por vos vuelve á la fé quien en su duelo
Acaso maldecía su existencia;
Que en vos hallando el ángel de consuelo
Vuelve á creer en la sacra providencia.
Y qué sois un ángel? Os dió el cielo
A la par la belleza y la ternura,
La poesía del cuerpo y la del alma:
Vos alaseis que alzaron á la altura
Junto al trono os sentais y os da derecho
A él aun mas que la ley vuestra alma bella;
Que digna es de ocupar un trono aquella

A quien el pueblo un ara alza en su pecho,

Oh señora! ese altar es el mas santo;

No hay trono que le iguale.

Que ningún trono vale

Lo que una sola lágrima del llanto

De gratitud que á vuestras plantas vierte

El pueblo de mi amada Andalucia.

El su amor os ofrece arrodillado,

La flor mas bella que en su suelo cria;

El en su corazón conserva al lado

Del nombre de María,

El nombre de Luisa idolatrado.

¡Debeis ser muy feliz! Y si oye el cielo

La ferviente oración de la pobreza,

De enojos librará vuestra grandeza,

Porque al pobre librais del desconsuelo;

Y á sus hijos, mostrándoos con ternura,

Dirá la madre, con afán profundo:

Su virtud ha labrado su ventura.

Adorada: es un ángel en el mundo!

PABLO GAMBARA.

A UNA DESDEÑOSA.

ODA SAFICA.

No mas tormentos á mi amor prepares,

Ni mas pesares con desden fingido

Destines, queda, al que por tí tan solo

Vive y suspira.

Si preso he sido en tu amorosa llama,

Y á tí la fama te celebra, hermosa,

Entre las bellas, la que al Dios Cupido

Rinde mas culto;

¿Por qué dilatas mi ideal ventura,

Y la temora, que impaciente aguardo

Esquiva ingrata, á mi ardoroso pecho

Llegar no haces?

Acoge afeble mi humilde ruego:

Llégate luego, llégate á mis brazos,

Donde te espera del amor mas fino

La mayor prueba.

M. C. 1855.

CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número anterior.

ISSTTCMELEO.	Temistocles.
AAACUTLYD.	Calatayud.
MNNOAAEG.	Agamenon.
NNOSEPIA.	Apeninos.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.